

Tácticas de irrupción del movimiento *queer* en el espacio público

por Paula González Ceuninck

Resumen

En un primer momento este artículo abordará brevemente la dicotomía entre dos posiciones: por un lado aquella que sostiene que la sexualidad está claramente presente en el discurso social, frente al planteo de que el sexo es algo de lo que no se habla, haciendo referencia a la hipótesis de la represión presentada por Foucault.

Sin embargo, todos los actores que forman parte del espacio social no tienen el mismo poder para “decir”, para hablar en el mundo de lo público, de manera que los discursos que hablan de lo *queer* difieren en esencia del discurso *queer* hablado en primera persona. Se reflexionará entonces sobre la diferencia entre ser nombrado por otros y la importancia que ha significado el desarrollo de un discurso propio en el espacio público. Por último, se realizará un breve esbozo de los diferentes territorios en los que lo *queer* ha sido hablado, que indefectiblemente han cambiado en las últimas décadas. En función de esto se reflexionará sobre la irrupción en el espacio público de los movimientos *queer* en diferentes momentos históricos, que pondrán en juego a diferentes actores, instituciones y movimientos que sostuvieron sus posiciones desde lugares distintos y con diversas tácticas.

Palabras clave

Queer – irrupción – público – táctica – movimiento – resistencia – visibilidad

Paula González Ceuninck
paulaceuninck@hotmail.com

Maestranda en Ciencias Sociales, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Licenciada en Comunicación Social. Investigadora, docente de Comunicación y Teorías y coordinadora del Seminario Interdisciplinario de Comunicación y Género, Facultad de Periodismo y Comunicación Social (FPyCS), UNLP. Coordinó el encuentro Cuestiones de Género y Comunicación: narrativas de la diversidad desigual, en octubre de 2008, FPyCS, UNLP.

Abstract

In the beginning this article will approach, briefly, the dichotomy between two positions: from one side, the one which supports that the sexuality is clearly present in the social speech, facing the position which expresses that the sex is something that we do not have to speak about, referring to the hypothesis about the repression presented by Foucault.

*Nevertheless, all the actors that form part of the social space do not have the same power to “speak”, to speak in the public world, so that the speech that talks about the *queer* differ in essence to the speech *queer* spoken in first person. So, we will reflect on the difference between being named by others and the importance that the development of the own discourse has meant in a public area. At last, we will write a brief outline about the different territories where the *queer* has been spoken which, indefinitely, has changed in the last decades. In order to this, we will meditate on the irruption in the public area of the *queer* movements in distinct historical movements which will put on stage different actors, institutions and movements which will put on stage different actors, institutions and movements which have support their positions from different places and with diverse tactics.*

Key words

Queer – irruption – public – tactic – movement – resistance – visibility

Este artículo habla de los movimientos *queer*. Dejando de lado las divergencias académico-militantes sobre las definiciones englobadoras, cuando se hable de movimiento¹ *queer* se estará haciendo referencia a la comunidad GLBTITI (gay, lesbiana, bisexual, transgénero, transexual, travesti, intersexual).

En principio resulta indispensable decir que la palabra *queer* ha sido nombrada con diferentes sentidos. El significado “original” del término es “torcido, raro, maricón” y ha sido empleado en sentido agravante como descalificativo hacia las personas con sexualidades no hegemónicas.

En este sentido, la diferencia entre nombrarse o ser nombrado por otros es resultante de relaciones sociales en las que algunos actores detentan mayor capital simbólico que otros, lo que les otorga el poder de etiquetar (para controlar). Haciendo referencia a la importancia de la realización del etiquetaje en la construcción del discurso público, David Foster destaca que el proceso de resemantización resulta un valioso acto social (Foster, 2006: 121 y ss.). La palabra *queer*, que originalmente tuvo (y para algunos sigue

teniendo) un significado peyorativo y se utilizaba como adjetivo descalificador hacia **lo otro**, fue tomada y resignificada por el movimiento *queer*. El proceso de resemantización convirtió a lo *queer* en bandera de lo raro, de lo torcido, en una forma de autodefinirse. Dice Butler acerca del uso de este término: “Cuando el término se utilizaba como un estigma paralizante, como la interpelación mundana de una sexualidad patologizada, el usuario del término se transformaba en el emblema y el vehículo de la normalización y el hecho de que se pronunciara esa palabra constituía la regulación discursiva de los límites de la legitimidad sexual. Gran parte del mundo heterosexual tuvo siempre necesidad de esos seres *queers* que procuraba repudiar mediante la fuerza preformativa² del término” (Butler, 2008: 314).

El movimiento *queer*, fuertemente caracterizado por una importante carga estética, presenta también su arista militante en una lucha por el reconocimiento de las diferentes identidades sexuales. La alteridad es llevada a las arenas de lo público para hacerse notar generalmente con tácticas provocativas, reivindicando las diferencias.

El campo de estudios *queer* surgió en los Estados Unidos. Dentro de los temas que aborda en los últimos años, interesa rescatar aquí dos cuestiones fundamentales: por un lado, la crítica hacia la idea de un original (rebatando la concepción de que el sexo forma parte del orden de lo natural y que luego se desarrollan unas formaciones culturales que le dan sentido a la masculinidad y la femineidad en la sociedad, hablando de género); por otro lado, la discusión en torno al concepto de identidad.

En referencia a esta última cuestión el debate presenta distintos posicionamientos; sin embargo, se adoptará en este artículo aquella

noción que habla de una formación identitaria móvil. En este sentido, la noción de identidad será pensada como resultante del proceso de construcción social en el que se reconoce tanto al “nosotros” y como a “los otros”: el afuera constitutivo. De forma tal que se desechará el intento por revelar cuál es la identidad *gay*, o lesbiana o trans o bisexual... como lo han intentado hacer ciertos estudios bajo la creencia de que es necesario/posible bucear hasta llegar a la “esencia” que los/las convierte en “diferentes”, como si se tratara de alcanzar el núcleo de esas identidades que estarían esperando ser develadas. Evidentemente no compartimos esa concepción esencialista de la identidad. La propuesta es más bien la de pensar en identidades construidas en relación, en identidades móviles, en identidades que no se eligen en un juego racional de evaluación meramente conciente.

La identidad será pensada entonces como punto de sutura, tal como lo plantea Stuart Hall: “entre, por un lado, los discursos y las prácticas que intentan ‘interpelarnos’, hablarnos o ponernos en nuestro lugar como sujetos sociales de discursos particulares y, por otro, los procesos que producen subjetividades, que nos construyen como sujetos susceptibles de ‘decirse’. De tal modo, las identidades son puntos de adhesión temporaria a las posiciones subjetivas que nos construyen las prácticas discursivas” (Hall, 2003: 20).

Ahora bien, ¿hasta qué punto la sexualidad define la identidad? Esta pregunta forma parte del análisis de Balderston y Quiroga en *Sexualidades en disputa*. Algunas de las respuestas que se ensayan son interesantes: a decir de Puig, “los homosexuales no existen”, sólo son personas que practican la homosexualidad; y sostiene que definirse como escritor homosexual responde no a una necesidad

personal, sino a una presión cultural. En sintonía con esto, también se alude a la mirada de Perlongher, que rotundamente alega sobre “la desaparición de la homosexualidad”, ahora vinculada no a las relaciones sino más bien a su emergencia, es decir, a la salida de los homosexuales a la escena pública (Balderston y Quiroga 2005: 77 y ss.).

En el presente artículo se desarrollarán temáticas vinculadas a estos puntos. En principio, se abordará brevemente la **dicotomía** entre la posición que sostiene que la sexualidad está claramente presente en el discurso social; y la que afirma que el sexo es algo de lo que no se habla, haciendo referencia la hipótesis de la represión presentada por Foucault (Foucault, 2008).

Sin embargo, todos los actores que forman parte del espacio social no tienen el mismo poder para “decir”, para hablar en el mundo de lo público; de manera que los discursos que hablan de lo *queer* difieren en esencia del discurso *queer* hablado en primera persona. Se reflexionará entonces sobre la diferencia entre ser nombrado por otros y la importancia que ha significado el desarrollo de un pronunciamiento propio en el espacio público. Por último, se realizará un breve esbozo de los diferentes territorios en los que lo *queer* ha sido hablado, que indefectiblemente han cambiado en las últimas década. En función de esto, se reflexionará sobre la irrupción en el espacio público de los movimientos *queer* en diferentes momentos históricos, que pondrán en juego diferentes actores, instituciones, movimientos que sostuvieron sus posiciones desde lugares distintos y con diversas tácticas.

¿De esto no se habla?

Ciertas reflexiones acerca del sexo y la sexualidad plantean la

existencia de grados de represión en la sociedad que visibilizan sólo algunas prácticas sexuales: aquellas que son legítimas desde el paradigma moderno, esto es, las relaciones específicamente heterosexuales sostenidas por instituciones como la familia, la escuela, el discurso de la ciencia, la Iglesia, etcétera. Este orden implicaría que las otras prácticas sexuales (las periféricas, a decir de Foucault) deban mantenerse en el ocultamiento, en el silencio, en la mudez.

En este sentido, se toma como punto de partida la reflexión de Foucault, que pone en discusión la existencia de una hipótesis represiva sobre el sexo: “la sociedad que se desarrolla en el SIGLO XVIII –llámesela como se quiera, burguesa, capitalista o industrial– no opuso un rechazo fundamental a reconocer el sexo. Al contrario, puso en relación todo un aparato para producir sobre él discursos verdaderos. No sólo habló mucho de él y constriñó a todos a hacerlo, sino que se lanzó a la empresa de formular su verdad regulada” (Foucault, 2008: 73).

De manera tal que, en vez de represión sobre la temática, hay que hablar de multiplicación y solidificación de la diversidad sexual: son épocas marcadas por la proliferación de los discursos más que por los silencios. Foucault nos permite cuestionar entonces la idea del ocultamiento del sexo, para poner énfasis en pensar cómo desde especialmente el SIGLO XVIII en adelante ha devenido una multiplicación de discursos sobre el sexo en todas las instancias e instituciones de poder (en la economía, en la pedagogía, en la medicina, en la justicia), que van a regular e institucionalizar el discurso sobre el sexo (Ibidem: 36 y ss.).

En esta línea, la sexualidad será pensada desde la norma, desde la normatividad: el sexo será entonces una verdad regulada, verdad que era necesario decir, confesar, investigar, sacar a la luz. Sostiene Foucault: “entre cada uno de nosotros y nuestro sexo, Occidente tendió una incesante exigencia de verdad” (Ibidem: 75). La puesta en discurso del sexo se conecta así con el dispositivo de la sexualidad, que forma parte de las relaciones de poder. Un poder en minúscula, un poder que no se impone de arriba hacia abajo con la lógica exclusiva del dominio, sino que se establece y consolida en relación.

Las relaciones de poder de un determinado momento histórico habilitan el desarrollo de modelos hegemónicos, como así también posibilitan la resistencia al mismo. La hegemonía, a decir de Raymond Williams (Williams, 1980), debe ser constantemente renovada, transformada, actualizada, como así también es permanentemente resistida, combatida. Del mismo modo, el dispositivo de la sexualidad, que impacta en la dimensión colectiva pero además en la individual, será constantemente sostenido como también resistido.

Este dispositivo no tendría eficacia si fuese aplicado de manera unidireccional, ejercido por fuerzas extrañas al “consenso”. El dispositivo de la sexualidad que describe Foucault no se sostiene solamente

por el discurso jurídico, la relación entre el sexo y el poder desborda ampliamente el margen de la ley para establecerse en las prácticas y usos cotidianos: el poder está en la cultura. Esta forma de procedimiento del poder funciona “no ya por el derecho sino por la técnica, no por la ley sino por la normalización, no por el castigo sino por el control, y (...) se ejerce en niveles y formas que rebasan el Estado y sus aparatos” (Foucault, 2008: 86).

Por otro lado, para pensar la relación entre posiciones hegemónicas y subalternas, se propone la incorporación de los conceptos de táctica y estrategia, caracterizados por Michel de Certeau (de Certeau, 1996: 42 y ss.). La estrategia, donde se concentra mayor capital de poder, se circunscribe en un lugar propio; en cambio la táctica, que es el territorio del débil, no cuenta con su propio lugar y por tanto no es visible, ya que está en movimiento en el lugar del otro. La táctica es el arte de aprovechar la ocasión, en consecuencia depende de su habilidad para captar las brechas que se ofrecen en momentos azarosos.

La estrategia define la victoria sobre el tiempo, sobre el lugar y sobre la vista. Crea la cuadrícula, tiene visión panorámica, mira, controla; como tiene un lugar propio, fija los márgenes del movimiento, pero es estática, mientras que la táctica está dada por desplazamiento, es ráfaga sigilosa. La táctica habilita prácticas

Las relaciones de poder de un determinado momento histórico habilitan el desarrollo de modelos hegemónicos, como así también posibilitan la resistencia al mismo.

creativas sobre el plano establecido hegemonícamente.

Los conceptos de **táctica y estrategia** permiten mirar en este doble plano de lo hegemónico y su resistencia. La estrategia es el resultado de las relaciones de poder pensadas desde el concepto de hegemonía; es decir, es resultante de una disputa de poder entre sectores hegemónicos y otros subalternos. Los subalternos tienen una posición táctica, transitan por un territorio que no es propio, son resistencia.

En este sentido, la conceptualización sobre el poder que desarrolla Foucault también reconocerá el lugar de la resistencia. **Poder y resistencia** tienen una relación recíproca, porque el poder es relacional y en consecuencia la resistencia nunca se encuentra en una relación de exterioridad. Los puntos de resistencia “desempeñan, en las relaciones de poder, el papel del adversario, de blanco, de apoyo, de saliente en el que sujetarse. Los puntos de resistencia están presentes en todas partes dentro de la red de poder (...) más frecuentemente nos enfrentamos a puntos de resistencia móviles y transitorios, que introducen en una sociedad líneas divisorias que se desplazan rompiendo unidades y suscitando reagrupamientos” (Foucault, 2008: 91 y ss.).

La estrategia y las tácticas existen sólo en relación, devienen de las relaciones/negociaciones de poder que se juegan en el marco de comunicación/cultura. En este caso se hace referencia a la estrategia normativa heterosexual en relación a unas sexualidades periféricas habladas, pero “no legítimas”. Al respecto, sostiene Judith Butler: “Las normas reguladoras del ‘sexo’ obran de una manera performativa para constituir la materialidad de los cuerpos y, más específicamente, para materializar el sexo del cuerpo, para materializar

la diferencia sexual en aras de consolidar el imperativo heterosexual” (Butler, 2008: 18).

Aparece aquí una interesante zona de conflicto: la dicotomía entre la capacidad de consolidarse como resistencia ante un sistema que excluye y la “funcionalidad” de la existencia como referencia de lo otro (la necesidad de un afuera constitutivo, en palabras de Butler).

Entre la importancia de tomar la palabra y el riesgo de la clasificación pública

En esta necesidad imperiosa que tuvo la modernidad de hablar y normalizar el sexo, a través del dispositivo de la sexualidad, se deduce que de sexo se viene hablando desde hace muchos años. En este proceso, las sexualidades periféricas han sido construidas por los discursos de los otros como “fenómeno” que es necesario investigar, una “patología” que debe ser confesada, una práctica contra natura.

De manera tal que las estrategias de poder que sostiene este tipo de discurso estuvieron presentes en las **instituciones modernas**, que se encargaron de la prédica acerca de los otros, los raros; pero también lo estuvieron más allá de las instituciones: esto es, en **las prácticas de la vida cotidiana**. Sin embargo, entre las décadas del sesenta y setenta comenzó el proceso de irrupción del movimiento *queer* en el espacio público; una escena que no estaba acostumbrada a tales narrativas provocativas, a enfrentarse públicamente con lo otro.

En este sentido, lo *queer* fue dicho durante años, siglos, desde el lugar de la estrategia que, a través de múltiples prácticas y discursos, creó y sostuvo una imagen vinculada a la perversión, a la desviación, a lo “improductivo” en cuanto a las

problemáticas de la reproducción. No obstante, se produjo una ruptura, su irrupción en el espacio público habilitó la palabra a los propios protagonistas de este movimiento. De manera tal que la palabra *queer*, que fuera empleada de forma despectiva para referirse a los “desviados”, fue resignificada y tomada como bandera militante en el espacio público.

Ahora bien, ¿cómo se presentan los sujetos *queer* a sí mismos? ¿Cómo son presentados o representados por otros en el escenario público? ¿Cuáles son las negaciones, conquistas y/o concesiones del movimiento *queer* implicadas en estas apariciones que marcan su inserción en el espacio público? En principio es dable pensar que en este devenir el movimiento *queer* obtuvo reivindicaciones pero también realizó concesiones. De modo que cuando logró visibilidad en el espacio público pudo nombrarse así mismo, en una relación de liberación con el mundo en términos freirianos³. Sin embargo, en el mismo acto en que los sujetos *queer* tomaron la palabra, también adquirieron una porción de la cuadrícula fijada por la estrategia. La irrupción pública también significó el paso de lo oculto, de la movilidad y las posibilidades de múltiples circulaciones que provee la táctica, hacia la estrategia que promueve la fijación, la clasificación.

Entonces surge la pregunta: ¿la salida masiva del clóset promovió mayores grados de libertad? En este movimiento de lo privado a lo público, ¿se evidencia una retracción de la norma o más bien una imperiosa necesidad de que los otros estén cada vez más clasificados?

Esta reflexión inevitablemente está atravesada por debates que se dan entre lo público y lo privado, la táctica y la estrategia, la movilidad y la fijación. En este sentido, el trío público-estrategia-fijación está com-

puesto por palabras que se implican mutuamente. En definitiva, cuando el movimiento *queer* salió a la escena pública levantando sus banderas, se expuso también a la integración en la estrategia resultante de las relaciones de poder hegemónicas, de las que nunca estuvo ausente pero ahora bajo unas posibilidades de control mucho más certeras y elocuentes. Los riesgos de tomar la palabra y pronunciarse en la escena pública son evidentes. Sin embargo, es indiscutible la importancia de la irrupción del movimiento *queer* en la escena pública, una irrupción que no fue prefigurada por la normatividad heterosexual, sino esta vez en la voz de los “subalternos”.

Tácticas de irrupción pública: de la escena política a la del mercado

El lugar del movimiento *queer* está (y lo ha hecho históricamente) en la táctica, en el espacio configurado por la subalternidad. Una posición que es fruto de la negociación, pero que evidentemente tiene su espacio de creación. América Latina proporcionó además un marco político bien complejo para este movimiento, vinculado no sólo a una cultura heterosexual normativa, sino también a la imagen preponderante del hombre (especialmente el blanco, occidental, cristiano y heterosexual) como sujeto de poder.

En esta línea, el proceso de aparición de los movimientos de homosexuales y lesbianas por las décadas del sesenta y setenta se vio también asechado por las sucesivas contingencias políticas, en especial las dictaduras militares que afloraron por todo el continente. Un continente que se debatía entre posiciones de

derecha a izquierda, pero donde quedaba muy claro que ninguna de las facciones políticas llevaría como bandera la de la diversidad sexual. Las prácticas que determinaron a las organizaciones revolucionarias del pueblo se erigieron, al igual que las facciones de la derecha, en un marco de valores heterosexistas, donde la imagen del hombre fuerte, rudo, valiente no encajaba con la del estereotipado homosexual vinculado al “maricón”. Asimismo, en los períodos democráticos, la cultura heterosexual normativa tampoco propició, hasta hace unos pocos años (y es necesario problematizar en qué condiciones), una salida masiva del gran clóset a estas otras “identidades sexuales”.

Pero ¿qué había dentro del clóset? ¿Por qué la “militancia *queer*” era “subversiva”? ¿Por qué los militantes del Frente de Liberación Homosexual de la Argentina fueron perseguidos por la última dictadura militar? ¿Qué aspectos del status que ponían en peligro estas otras “identidades sexuales”? Ciertamente ese gran armario escondía un secreto: un deseo desviado de la norma, y por lo tanto un deseo crítico y subversivo a ese orden binario establecido, que al emerger hacia el espacio público ponía en discusión las “verdades” sobre el sexo que el dispositivo de la sexualidad prolijamente había promovido en la sociedad.

Salir del clóset, decir el secreto, revelar las verdades propias ya no desde la confesión de la “patología” como se había pretendido, era un hecho político bien importante: significaba dar una disputa en la escena social, tomar la palabra, pronunciarse a sí mismo y rechazar las etiquetas creadas por otros. Según Sedgwick, una de las referentes más

importantes de los estudios *queer*, la imagen del clóset es central, ya que el armario, esa imagen poderosa, es “la estructura decisiva que define la opresión *gay* en este siglo”⁴ (Sedgwick K., 2000: 58).

Las décadas del sesenta y setenta marcaron el inicio del proceso de la salida del clóset de estas sexualidades ‘ilegítimas’, donde los acontecimientos de Stonewall (1969) en Nueva York serán recordados como hito fundacional. Por esos mismos años se creaba en la Argentina el Frente de Liberación Homosexual (FLH), agrupando a varias organizaciones de homosexuales, que en el contexto de la lucha armada decidió plasmar su discurso político en la “plaza”. La emergencia en el espacio público se dio en un primer momento en el marco de la disputa política en la que varios proyectos de país lucharon por convertirse en hegemónicos. Néstor Perlongher describe el espíritu de la época: “el FLH surge en medio de un clima de politización, de contestación, de crítica social generalizada, y es inseparable de él”. Como buena parte de los argentinos de entonces, cree en la “liberación nacional y social, y aspira al logro de las reivindicaciones específicamente homosexuales en ese contexto”. Y continúa: “tanto la sincera necesidad de liberarse del machismo profundamente anclado en la sociedad argentina, como la convicción de que esa liberación no podía sino producirse en el marco de una transformación revolucionaria de las estructuras sociales vigentes, constituyen elementos constitutivos del movimiento *gay* argentino” (Perlongher, 2008: 77 y ss.).

Estas fueron épocas marcadas por la clandestinidad, la censura, la prohibición de las ideas. Ante una es-

trategia que se imponía por la fuerza, eliminando literalmente las posibles zonas de conflicto marcadas por cualquier esbozo de una mirada crítica, los movimientos tácticos marcaban como lugares de encuentro ciertos espacios públicos como los baños de las estaciones de trenes (teteras) o alguna casa en particular donde todo estaba preparado (las tortas) para responder ante el asecho del cazador. El mapa urbano que habitaban los homosexuales en las dictaduras era tácticamente creado y resignificado, eran los movimientos sigilosos de la táctica.

Y luego vino, en el mejor de los casos, la posibilidad del exilio; sin embargo, muchos de los que formaron parte del incipiente movimiento *queer* no corrieron esa suerte.

Los años ochenta y noventa configuraron un segundo momento de aparición pública. Fue una época marcada por procesos bien distintos a la etapa anterior: el regreso del exilio, la democracia, el SIDA, el mercado, el descreimiento en la política.

Durante los años ochenta la Argentina estaría determinada por la vuelta a la democracia. La sensación social estaría impregnada de la idea de la refundación: de un nuevo proyecto, de un nuevo país, luego de la derrota de la lucha armada. Asimismo, la política comenzó a cubrirse en el imaginario social por un descreimiento creciente: en la política, en las instituciones, en los partidos políticos. Fueron años en los que la desilusión y el escepticismo provocaron una retracción de los diferentes movimientos políticos de la escena pública que, poco a poco, iba a ser ganada por los medios de comunicación y el mercado.

Sin embargo, no es posible pensar en el devenir de los movimientos *queer* sin hacer referencia a una de las batallas más importantes que debió enfrentar en los ochenta: el

SIDA. Dice Perlongher: “con el Sida se va dando, sobre todo en el terreno homosexual, otra vuelta de tuerca del propio dispositivo de la sexualidad, no en el sentido de la castidad, sino en el sentido de recomendar, a través del progresismo médico, la práctica de una sexualidad limpia, sin riesgos, desinfectada y transparente” (Perlongher, 2008: 88).

Luego vinieron los años noventa, que trajeron consigo la profundización del modelo neoliberal que, entre otras cosas, promovió la especificación, clasificación, la hiperfragmentación. De esta manera, el movimiento *queer* hizo su entrada triunfal al mercado. Otro consumidor que pasa sin pena ni gloria a formar parte de los *levels* mercadotécnicos. Emergía de esta forma un nuevo sujeto consumidor y para él, todo tipo de ofertas: casamiento *gay*, boliches *gay*, hoteles *gay*, cruces *gay*, deportes *gay* y hasta iglesias *gay*. El movimiento táctico fue reemplazado por la fijación en el espacio público y en el mercado.

Este proceso de mercantilización condujo a la privatización de los lugares, antes públicos y abiertos, que conformaban los diferentes mapas urbanos en los que habitaban los homosexuales en las dictaduras. De manera tal que en el camino irrevocable al mercado también entraron en juego otras dimensiones, tales como el acceso a estos espacios que ahora cuentan con el derecho de admisión/exclusión por parte del “dueño de la empresa”. En esta línea, Flavio Rapisardi describe la privatización del circuito sexual en las ciudades de la mano del neoliberalismo: “Los brillantes espacios interiores de los toiles de los shoppings y los reconvertidos baños de estación hoy permiten menos escondites para el coito y están siempre vigilados” (Rapisardi y Modarelli, 2001: 22).

Asimismo, los sobrevivientes del SIDA empezaron a poblar también la escena mediática, que construyó a estas sexualidades subalternas en estereotipos banalizados de los programas de la tarde. La mediatización de estos otros se dio de la mano de estereotipos que fijan identidades, que dan cuenta de cómo juega la violencia de las clasificaciones en el espacio social. En este marco, los medios –que se construyen cada vez más como retratos de una única versión posible de lo real– dieron lugar a una visibilidad banalizada, uniformada, estandarizada y, en la peor de sus caracterizaciones, refuncionalizada. Es decir, mostrar lo diferente, masificarlo, es quebrar su potencial transformador, es refuncionalizar la diferencia, volverla similitud. En última instancia, reabsorber y retroalimentar el sistema.

Seguramente de todas estas cosas hablaba Perlongher cuando postulaba “la desaparición de la homosexualidad”, ahora vinculada a estereotipos mercantiles: “lo que desaparece no es tanto la práctica de las uniones de los cuerpos del mismo sexo genital, en este caso, cuerpos masculinos[...] sino la fiesta del apogeo, el interminable festejo de la emergencia a la luz del día, en lo que fue considerado como el mayor acontecimiento del siglo XX: la salida de la homosexualidad a la luz resplandeciente de la escena pública [...] la homosexualidad simplemente se va diluyendo en la vida social, sin llamar más la atención de nadie, o casi nadie” (Balderston y Quiroga, 2005: 78).

Presente: preguntas abiertas

Estos tiempos históricos empiezan a dar cuenta de cierta “tolerancia” sobre la diversidad sexual. Tolerancia que no implica necesariamente aceptación. La diversidad sexual comienza a rozarse con la

idea de la naturalización, por muchos motivos, entre los que se encuentra la visibilidad en los medios masivos de comunicación. Al menos está naturalizada la idea de que la heterosexualidad normativa no es la única posible: se presentan periódicamente otras que, con mayor o menor grado de legitimidad, forman cada vez más parte de las relaciones cotidianas. Desde hace ya varios años la temática viene ganando espacios: no sólo en los medios y el mercado, sino también en las universidades, en el Estado, en la calle, en la familia, en la red virtual(...).

Ahora bien, ¿esta visibilidad implica concesionar la diferencia en pos de la inclusión? ¿O será que cada vez más son vividas otras formas de vida diferentes a la que alguna vez planificó y ejecutó esta cultura aún dominante?

Si los años sesenta y setenta implicaron la salida a la escena pública de estos **otros**, de la mano de la discusión política que planteaba un proyecto distinto; si los ochenta estuvieron marcados por la vuelta luego del exilio, la democracia, la refundación y el SIDA; y los noventa constituyeron la era de la mercantilización y el descreimiento, ¿qué ocurre hoy con el movimiento *queer*? ¿Cómo es posible caracterizar su táctica irruptiva en el espacio público? Habrá que indagar en y con los jóvenes que representan en los diferentes momentos históricos la posibilidad de transformación en los pensamientos y prácticas epocales. ¿Cómo viven la sexualidad los jóvenes actuales? ¿Podrá ser pensada como modo de resistencia ante unos escenarios inciertos, donde las instituciones y sus discursos han quedado ya muy lejos de sus prácticas y les hablan de mundos y proyectos que han fracasado...?

Si los discursos sobre las sexualidades periféricas son cada vez más visibles, naturalizables, cotidianos, ¿cuáles son las múltiples relaciones de poder que lo sostienen? ¿El discurso de esta generación promoverá la igualdad o la diferencia? ¿Los jóvenes *queer* lucharán por la igualdad ante la ley o pensarán en otro tipo de discurso jurídico?

En los jóvenes se depositan las esperanzas para el futuro, como así también en ellos recaen muchas veces las acusaciones por una supuesta falta de “pensamiento crítico”. Se los acusa de falta de compromiso, desinterés social y político. Sin embargo, en el análisis futuro de esta generación seguramente se hallarán evidencias muy concretas sobre discursos, prácticas y luchas actuales para transformar el presente y el futuro cada vez más incierto.

Notas

1 En el sentido en que Rossana Reguillo define la categoría movimiento juvenil, que supone la presencia de conflicto, de algo en disputa en el espacio público; que se mueve tácticamente y puede habilitar pactos y asociaciones con otros grupos (Reguillo, 2000: 19).

2 Judith Butler hace referencia al concepto de performatividad retomando el postulado de Austin en relación a los enunciados performativos, estos enunciados que en su pronunciamiento producen lo que están nombrando. En este sentido, la performatividad “no es un acto” singular, porque siempre es la reiteración de una norma o un conjunto de normas y, en la medida en que adquiere la condición de acto en el presente, oculta o disimula las convenciones de las que es una repetición” (Butler, 2008: 34).

3 Ver: Freire, Paulo. *Pedagogía del oprimido*, SIGLO XXI Editores, 1° edición, Buenos Aires, 2002.

4 Hace referencia al siglo que pasó.

Bibliografía

BALDERSTON, Daniel y Quiroga, José. *Sexualidades en disputa*, Libros del Rojas, Buenos Aires, 2005.

BUTLER, Judith. *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales del sexo*, Editorial Paidós, segunda edición, Buenos Aires, 2008.

DE CERTEAU, Michel. *La invención de lo cotidiano I. Artes de hacer*, Universidad Iberoamericana, México, 1996.

FOSTER, David William. *El gay como modelo cultural: Eminent Maricones de Jaime Manrique*, en Ingenschay, Dieter (ed.). Desde aceras opuestas. Literatura/cultura gay y lesbiana en Latinoamérica, Iberoamericana/Vervuert, Madrid/Francfort, 2006.

FOUCAULT, Michel. *Historia de la sexualidad. La voluntad del saber*, SIGLO XXI Editores, 2° edición, Buenos Aires, 2008.

FREIRE, Paulo. *Pedagogía del oprimido*, SIGLO XXI Editores, 1° edición, Buenos Aires, 2002.

HALL, Stuart y *du Gay*, Paul (compiladores). *Cuestiones de identidad cultural*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 2003.

PERLONGHER, Néstor. *Prosa Plebeya: Ensayos 1980 -1992*, Editorial Colihue, 1° reimposición, Buenos Aires, 2008.

RAPISARDI, Flavio y Modarelli, Alejandro. *Fiestas, baños y exilios. Los gays porteños en la última dictadura*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 2001.

Reguillo Cruz, Rossana. *Emergencia de culturas juveniles. Estrategias del desencanto*, Norma, Buenos Aires, 2000.

SEDGWICK KOSOFKY, Eve. *Epistemología del clóset*, en Allouch, J. y otros: *Grafías del eros*, Buenos Aires, Edelp, 2000.

WILLIAMS, Raymond. *Marxismo y literatura*, Península, Barcelona, 1980.